

LUCAS BELTRÁN, *IN MEMORIAM*

FRANCISCO CABRILLO
Universidad Complutense de Madrid

El día 4 de julio de 1997 falleció en Madrid el decano de los economistas liberales españoles, el profesor Lucas Beltrán. Tenía ochenta y seis años, pero hasta hace no mucho tiempo había conservado una envidiable lucidez mental y una notable capacidad de trabajo, ya que aún el año anterior, con su salud bastante deteriorada, había colaborado en la preparación de la última de sus obras, *Ensayos de economía política*, cuya lectura es, seguramente, la mejor vía para acercarse a su pensamiento.

Había nacido el año 1911 en Alcanar, en la provincia de Tarragona. Tras estudiar Derecho en la Universidad de Barcelona se trasladó a Inglaterra, donde cursó estudios de economía en la London School of Economics. Allí conoció y tuvo como maestros a economistas de la talla de Robbins o Hayek, a los que le uniría posteriormente una gran amistad. Después de la guerra civil desarrolló una larga carrera como catedrático en diversas universidades españolas, que fue acompañada de una amplia obra científica. Excelente prosista, ganó el primer premio Aznar de periodismo. Y en 1996 le fue concedido el Premio CEOE de Ciencias Económicas. De acuerdo con el jurado, el premio le fue otorgado por sus «numerosas e importantes aportaciones a la economía española a través de su dilatada labor docente y universitaria, que ha servido para resaltar la enorme trascendencia que tiene el buen funcionamiento de los mercados y un comportamiento adecuado del sector público para mejorar de forma duradera el bienestar de la sociedad».

Muchos fueron, ciertamente, los trabajos de Lucas Beltrán sobre estos temas. Pero, sin entrar en ellos, permítaseme simplemente recordar una

frase suya, muy conocida, que refleja bien su visión irónica de uno de los problemas más importantes de la economía moderna: la gestión de las empresas públicas y privadas. En nuestra economía —explicaba Lucas Beltrán— el sector privado es aquel sector que es controlado por el Estado. El sector público —concluía— es aquel sector que no controla nadie.

El significado de la visión liberal que siempre mantuvo en relación con el funcionamiento de los mercados y del sector público hay que entenderlo, por cierto, en su perspectiva histórica. Hoy son en el mundo mayoría los economistas que reconocen que el mercado es el mecanismo más eficiente de asignación de recursos y que el papel del Estado moderno ha superado con mucho los límites que el buen funcionamiento de la economía requiere. Pero no deberíamos olvidar que esto no ha sido siempre así. Y menos en un país como el nuestro, en el que, tanto desde la derecha como desde la izquierda, se han defendido tradicionalmente soluciones estatistas a los principales problemas económicos. Digámoslo claramente: ser liberal en España ha tenido sus costes. Y el profesor Beltrán tuvo que pagarlos en muchas ocasiones, sin que, durante bastante tiempo, su obra alcanzara en España el reconocimiento que merecía.

No creo equivocarme si afirmo que tal reconocimiento ha sido fuera de España mayor que en su propio país. Un simple ejemplo bastará para dar prueba de ello. Cuando el año 1981 se jubiló de su cátedra de la Universidad Complutense, un grupo de sus antiguos discípulos editamos un libro homenaje, como se hace con frecuencia en estos casos. Lo nuevo aquí fue que, junto a un número significativo de profesores españoles, colaboraron en esta obra una serie de economistas internacionales de primera fila, como Haberler, Shackle o Robbins, por citar sólo algunos de los más relevantes. Sinceramente no conozco hasta hoy el caso de ningún economista español en cuya jubilación haya ocurrido algo semejante.

Seguramente para el lector de la *Revista de Historia Económica* la faceta más interesante de la obra de Lucas Beltrán es su trabajo como historiador del pensamiento económico. La historia de las doctrinas interesó mucho, en efecto, a Lucas Beltrán a lo largo de su carrera académica. Entre los numerosos artículos que dedicó a este tema habría que destacar su ensayo «La influencia de Rousseau en el pensamiento económico» —en mi opinión, su mejor trabajo en este campo—, que, tras su publicación en español en 1977, apareció en inglés en la revista *Ordo* tres años más tarde. Pero su obra más conocida es, sin duda, su *Historia de las doctrinas económicas*, de la que se publicaron cuatro ediciones, la primera en 1961 y la última en 1988. Este libro, que destaca por su claridad y sencillez,

ha sido utilizado por un gran número de estudiantes como primera lectura sobre la historia del pensamiento económico. Es importante señalar también que se trata del primer libro en el que, junto a las corrientes más importantes de las ideas económicas en el mundo, se estudia de forma sistemática la historia del pensamiento económico español, al que se dedican cuatro capítulos. Escribía Beltrán en el prólogo de su libro que «las historias de las doctrinas de autores extranjeros no suelen dedicar a los autores españoles más que ligeras alusiones» y que él trataba de llenar este vacío «consagrando amplia extensión (tal vez desproporcionadamente amplia) a los autores nacionales más destacados». En esta frase se resume bien la posición de Beltrán en la discutida cuestión de si merece la pena dedicar tiempo y esfuerzos al estudio de la obra de los economistas españoles. Cuando se le planteaba este tema insistía en la conveniencia de que los economistas de nuestro país tuvieran algún conocimiento de estas obras. Pero añadía a continuación que no puede ser un buen historiador del pensamiento económico quien centra su trabajo en autores menores, que fueron casi siempre mucho más receptores que creadores de ideas.

Pero además de autor de una importante obra científica, para quienes lo conocimos y lo tratamos personalmente Lucas Beltrán fue, ante todo, un maestro. Su sencillez y su bondad natural hacía que fuera hombre muy apreciado en todos los ambientes en los que se desenvolvía. Hace ya algunos años coincidí en un congreso internacional con un prestigioso catedrático de Chicago, William Grampp, quien al darse cuenta de que yo era español me preguntó: ¿conoce usted al profesor Beltrán? Cuando le respondí que no sólo lo conocía, sino que además había sido mi maestro en la universidad, me dijo simplemente: pues no sabe usted la suerte que tiene.

Yo había establecido mi primer contacto, en efecto, con Lucas Beltrán bastante tiempo antes, en 1971, cuando él acababa de incorporarse como catedrático a la Universidad Complutense de Madrid, tras una larga estancia en la de Valladolid. Desde entonces mantuvimos una dilatada e ininterrumpida relación de colaboración y amistad, que marcó para siempre mi vida y mi trabajo como economista. Cada vez que un hombre de gran calidad intelectual y humana desaparece son muchas las personas que sienten sincero pesar ante el triste acontecimiento. Pero estoy seguro de que en el caso de Lucas Beltrán pocas habrán lamentado su muerte como yo lo he hecho.